
México
Cuba
Haití
Rep. Dominicana
Bélice
Jamaica
Puerto Rico
Honduras
Guatemala
Salvador
Nicaragua
Panamá
Costa Rica
Venezuela
Guyanas
Colombia
Ecuador
Perú
Brasil
Bolivia
Paraguay
Argentina
Uruguay
Chile

1923
Acapulco

La función de las fuerzas del orden en el proceso democrático

Cuando acabó la película de Tom Mix, hubo discurso. Parado ante la pantalla del único cine de Acapulco, Juan Escudero sorprendió al público con una arenga contra los mercaderes chupasangres. Cuando los de uniforme se le echaron encima, ya había nacido el Partido Obrero de Acapulco, bautizado por ovación.

En poco tiempo, el Partido Obrero ha crecido y ha ganado las elecciones y ha clavado su bandera rojinegra sobre el palacio municipal. Juan Escudero, alta figura, patilludo, mostachos en punta, es el nuevo alcalde, el alcalde socialista: en un abrir y cerrar de ojos convierte al palacio en sede de cooperativas y de sindicatos, emprende la campaña de alfabetización y desafía el poder de los dueños de todo: las tres empresas que poseen el agua, el aire, el suelo y la mugre de este cochino puerto mexicano abandonado de Dios y del gobierno federal. Entonces los dueños de todo organizan nuevas elecciones, para que el pueblo corrija su error, pero vuelve a ganar el Partido Obrero de Acapulco. De modo que no hay más remedio que convocar al ejército, que de inmediato procede a normalizar la situación. El victorioso Juan Escudero recibe dos tiros, uno en el brazo y otro en la frente, tiro de gracia de bien cerquita, mientras los soldados prenden fuego al palacio municipal.

1923
Acapulco

Escudero

resucita y sigue ganando elecciones. En silla de ruedas, mutilado, casi mudo, hace su triunfal campaña de diputado dictándole discursos a un muchacho que le descifra los murmullos y los repite a viva voz desde las tribunas. Los dueños de Acapulco deciden pagar treinta mil pesos a la patrulla militar, para que esta vez dispare como se debe. En los libros mayores de contabilidad de las empresas se registra la salida de los fondos, pero no el destino. Y por fin Juan Escudero cae fusiladísimo, muerto de muerte total, para que no se diga.

1923
Azángaro

Urviola

La familia lo quería doctor y en lugar de doctor se hizo indio, como si no le resultara bastante maldición su giba de dos puntas y su estatura de enano. Ezequiel Urviola abandonó su carrera de Derecho en Puno y juró seguir la huella de Túpac Amaru. Desde entonces habla quechua, calza ojotas, masca coca y sopla quena. Día y noche va y viene sublevando gente por la sierra del Perú, donde los indios tienen propietario, como las mulas y los árboles. Los policías sueñan con atrapar al contrahecho Urviola y los terratenientes se la tienen jurada, pero el muy renacuajo se hace águila volando sobre la cordillera.

1923
El Callao

Mariátegui

En barco regresa al Perú, después de vivir unos años en Europa, José Carlos Mariátegui. Cuando se marchó era un bohemio de la noche limeña, cronista de caballos, poeta místico que sentía mucho y entendía poco. Allá en Europa descubrió América: Mariátegui encontró el marxismo y encontró a Mariátegui y así supo ver, de lejos, a la distancia, al Perú que de cerca no veía.
Cree Mariátegui que el marxismo integra el progreso humano tan indiscutiblemente como la vacuna antivariólica o la teoría de la relatividad, pero para peruanizar al Perú hay que empezar por peruanizar al marxismo, que no es catecismo ni copia al calco sino llave para entrar en el país profundo. Y las claves del país profundo están en las comunidades indias, despojadas por el latifundio estéril pero invictas en sus socialistas tradiciones de trabajo y vida.



1923
Buenos Aires

Retrato de un cazador de obreros

Contempla con lasciva mirada los catálogos de armas de fuego, como si fueran colecciones de fotos pornográficas. El uniforme del ejército argentino le parece la piel humana más bella. Le gusta desollar vivos a los zorros que caen en sus trampas y hacer puntería sobre obreros en fuga, y más si son rojos, y mucho más si son rojos extranjeros.
Jorge Ernesto Pérez Millán Temperley se alistó como voluntario en las tropas del teniente coronel Varela y el año pasado marchó a la Patagonia a liquidar alegremente a cuanto peón huelguista se le pusiera a tiro. Y después, cuando el anarquista alemán Kurt Wilckens, justiciero de pobres, arrojó la bomba que voló al teniente coronel Varela, este cazador de obreros juró de viva voz que vengaría a su superior.
Y lo venga. En nombre de la Liga Patriótica Argentina, Jorge Ernesto Pérez Millán Temperley dispara un balazo de máuser al pecho de Wilckens, que está durmiendo en la celda. En seguida se hace fotografiar, el arma en la mano, el gesto marcial del deber cumplido, para la posteridad.

1923
Tampico

Traven

Un barco fantasma, viejo navío destinado al naufragio, llega a las costas de México. Entre sus marineros, vagabundos sin nombre ni nación, viene un sobreviviente de la revolución aniquilada en Alemania.
Este camarada de Rosa Luxemburgo, fugitivo del hambre y de la policía, escribe en Tampico su primera novela. La firma Bruno Traven. Con ese nombre se hará famoso, pero nadie conocerá nunca su rostro, ni su voz, ni su huella. Traven decide ser un misterio, para que la burocracia no lo etiquete y para mejor burlarse de un mundo donde el contrato de matrimonio y el testamento importan más que el amor y la muerte.

1923
Campos de Durango

Pancho Villa lee *Las mil y una noches,*

deletreando en voz alta a la luz del candil, porque ése es el libro que le da mejores sueños; y después se despierta tempranito a pastorear ganado junto a sus viejos compañeros de pelea.

Villa sigue siendo el hombre más popular en los campos del norte de México, aunque a los del gobierno no les guste ni un poquito. Hoy hace tres años que Villa convirtió en cooperativa la hacienda de Canutillo, que ya luce hospital y escuela, y un mundo de gente ha venido a celebrar.

Está Villa escuchando sus corridos favoritos cuando don Fernando, peregrino de Granada, cuenta que John Reed ha muerto en Moscú.

Pancho Villa manda parar la fiesta. Hasta las moscas detienen el vuelo.

–¿Que Juanito murió? ¿Mi cuate Juanito?

–El mero mero.

Se queda Villa entre creyendo y no creyendo.

–Yo lo vi –se disculpa don Fernando–. Está enterrado con los héroes de la revolución de allá.

Ni respira la gente. Nadie molesta al silencio. Don Fernando murmura:

–Fue por tifus, no por la bala.

Y Villa cabecea:

–Así que murió Juanito.

Y repite:

–Así que murió Juanito.

Y calla. Y mirando lejos, dice:

–Yo nunca había escuchado la palabra *socialismo.* El me explicó.

Y en seguida se alza y abriendo los brazos increpa a los mudos guitarreros:

–¿Y la música? ¿Qué hay de la música? ¡Andale!

1923
Ciudad de México

Un millón de muertos puso el pueblo en la revolución mexicana,

en diez años de guerra, para que finalmente los jefes militares se apoderen de las mejores tierras y de los mejores negocios. Los oficiales de la revolución comparten el poder y la gloria con los doctores desplumadores de indios y los políticos de alquiler, brillantes oradores de banquete, que llaman a Obregón *el Lenin mexicano.*

En el camino de la reconciliación nacional, toda discrepancia se supera mediante contratos de obras públicas, concesiones de tierras o favores a bolsillo abierto. Alvaro Obregón, el presidente, define su estilo de gobierno con una frase que hará escuela en México:

–No hay general que resista un cañonazo de cincuenta mil pesos.

1923
Parral

Nunca pudieron amansarle el orgullo

Con el general Villa se equivoca Obregón.

A Pancho Villa no hay más remedio que matarlo a balazos.

Llega a Parral en auto, de mañanita. Al verlo, alguien se frota la cara con un pañuelo rojo. Doce hombres reciben la señal y aprietan los gatillos.

Parral era su ciudad preferida, *Parral me gusta tanto, tanto,* y el día que las mujeres y los niños de Parral corrieron a pedradas a los invasores gringos, a Pancho Villa se le saltó el corazón, se le desbocaron los caballos de adentro, y entonces lanzó un tremendo grito de alegría:

–¡Parral me gusta hasta para morirme!

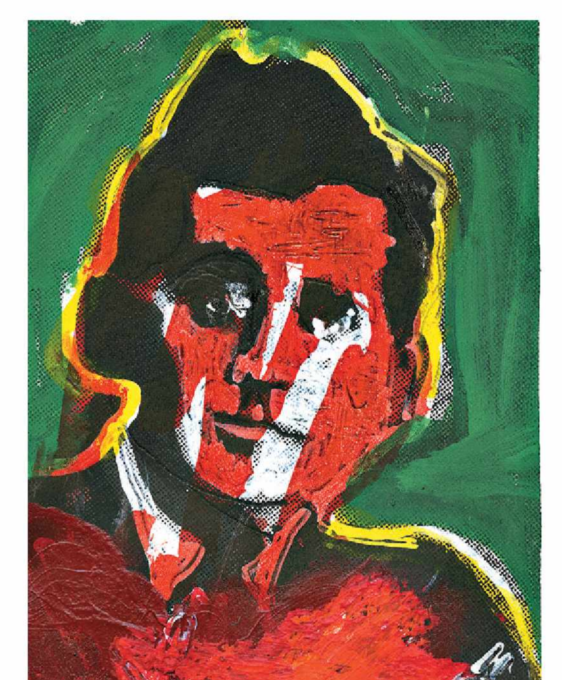

HOMENAJE A OROZCO, R


Rivera y Siqueiros

1924
Mérida de Yucatán

Algo más sobre la función de las fuerzas del orden en el proceso democrático

Felipe Carrillo Puerto, también invulnerable al cañón con que Obregón dispara pesos, enfrenta al pelotón de fusilamiento una húmeda madrugada de enero.
–*¿Quiere un confesor?*
–*No soy católico.*
–*¿Y un notario?*
–*No tengo nada que dejar.*
Había sido coronel del ejército de Zapata, en Morelos, antes de fundar el Partido Socialista Obrero en Yucatán. En tierras yucatecas, Carrillo Puerto decía sus discursos en lengua maya. En lengua maya explicaba que Marx era hermano de Jacinto Canek y de Cecilio Chi y que el socialismo, heredero de la tradición comunitaria, daba dimensión futura al glorioso pasado de los indios.



El encabezaba, hasta ayer, el gobierno socialista de Yucatán. Infinitos fraudes y prepotencias no habían podido evitar que los socialistas ganaran, de lejos, las elecciones; y después no hubo manera de evitar que cumplieran sus promesas. Los sacrilegios contra el sagrado latifundio, el orden esclavista y el monopolio imperial desataron la cólera de los amos del henequén y de la International Harvester Company. Por su parte, el arzobispo sufría violentas convulsiones de ira ante la enseñanza laica, el amor libre y los bautismos rojos, así llamados porque los niños recibían su nombre sobre un colchón de flores rojas, y con su nombre recibían los votos por una larga militancia socialista. Así que hubo que llamar al ejército para que acabara con tanto escándalo.
El fusilamiento de Felipe Carrillo Puerto repite la historia de Juan Escudero en Acapulco. Un par de años ha durado el gobierno de los humillados en Yucatán. Los humillados tenían el gobierno y las armas de la razón. Los humilladores no tenían el gobierno, pero tenían la razón de las armas. Y como en todo México, a muerte se juega la suerte.

1924
Ciudad de México

La nacionalización de los muros

El arte de caballete invita al encierro. El mural, en cambio, se ofrece a la multitud que anda. El pueblo es analfabeto, sí, pero no ciego: Rivera, Orozco y Siqueiros se lanzan al asalto de las paredes de México. Pintan lo que nunca: sobre la cal húmeda nace un arte de veras nacional, hijo de la revolución mexicana y de estos tiempos de partos y funerales.

El muralismo mexicano irrumpe contra el arte enano, castrado, cobarde, de un país entrenado para negarse. Súbitamente las naturalezas muertas y los difuntos paisajes se hacen realidades locamente vivas y los pobres de la tierra se vuelven sujetos de arte y de historia en vez de objetos de uso, desprecio o compasión.

A los muralistas les llueven agravios. Elogios, ni uno. Pero ellos continúan, impávidos, trepados a los andamios, su tarea. Dieciséis horas diarias sin parar trabaja Rivera, ojos y buche de sapo, dientes de pez. Lleva una pistola al cinto:

–*Para orientar a la crítica* –dice.

1924
Ciudad de México

Diego Rivera

pinta a Felipe Carrillo Puerto, redentor de Yucatán, con un balazo en pleno pecho pero alzado ante el mundo, resucitado o no enterado de su propia muerte, y pinta a Emiliano Zapata sublevando pueblo, y pinta al pueblo: todos los pueblos de México, reunidos en la epopeya del trabajo y la guerra y la fiesta, sobre mil seiscientos metros cuadrados de paredes de la Secretaría de Educación. Mientras va cubriendo de colores el mundo, Diego se divierte mintiendo. A quien quiera escucharlo cuenta mentiras tan colosales como su panza y su pasión de crear y su voracidad de mujerófago insaciable. Hace apenas tres años que ha vuelto de Europa. Allá en París, Diego fue pintor de vanguardia y se hartó de los ismos; y cuando ya estaba apagándose, pintando nomás por aburrimiento, llegó a México y recibió las luces de su tierra hasta incendiarse los ojos.

1924
Ciudad de México

Orozco

Diego Rivera redondea, José Clemente Orozco afila. Rivera pinta sensualidades, cuerpos de carne de maíz, frutas voluptuosas; Orozco pinta desesperaciones, cuerpos huesudos y desollados, un maguey mutilado que sangra. Lo que en Rivera es alegría, en Orozco es tragedia. En Rivera hay ternura y radiante serenidad; en Orozco, severidad y crispación. La revolución mexicana de Orozco tiene grandeza, como la de Rivera; pero donde Rivera nos habla de esperanza, Orozco parece decirnos que sea quien sea quien robe el sagrado fuego a los dioses, lo negará a los hombres.

1924
Ciudad de México

Siqueiros

Huraño es Orozco, escondido, turbulento hacia adentro. Espectacular, ampuloso, turbulento hacia afuera es David Alfaro Siqueiros. Orozco practica la pintura como ceremonia de la soledad. Siqueiros pinta por militancia de la solidaridad. *No hay más ruta que la nuestra,* dice Siqueiros. A la cultura europea, que considera enclenque, opone su propia energía musculosa. Orozco duda, desconfía de lo que hace. Siqueiros embiste, seguro de que su patriótica arrogancia no es mala medicina para un país enfermo de complejo de inferioridad.

«El pueblo es el héroe de la pintura mural mexicana», dice Diego Rivera

La verdadera novedad de la pintura mexicana, en el sentido en que la iniciamos con Orozco y Siqueiros, fue hacer del pueblo el héroe de la pintura mural. Hasta entonces los héroes de la pintura mural habían sido los dioses, los ángeles, los arcángeles, los santos, los héroes de la guerra, los reyes y emperadores y prelados, los grandes jefes militares y políticos, apareciendo el pueblo como el coro alrededor de los personajes estelares de la tragedia...

1924
Regla

Lenin

El alcalde del pueblo cubano de Regla convoca al gentío. Desde la vecina ciudad de La Habana ha llegado la noticia de la muerte de Lenin en la Unión Soviética y el alcalde emite un decreto de duelo. Dice el decreto que *el susodicho Lenin conquistó merecida simpatía entre los elementos proletarios e intelectuales de este término municipal. Por tal motivo, a las cinco de la tarde del próximo domingo sus habitantes harán dos minutos de silencio y meditación, durante los cuales personas y vehículos quedarán en estado de quietud absoluta.*

A las cinco en punto de la tarde del domingo, el alcalde del pueblo de Regla sube a la loma del Fortín. Más de mil personas lo acompañan, a pesar de la lluvia furiosa. Y bajo la lluvia transcurren los dos minutos de silencio y meditación. Después, el alcalde planta un olivo en lo alto de la colina, en homenaje al hombre que tan para siempre ha clavado la bandera roja allá en el centro de la nieve.

1926
San Albino

Sandino

Hombre corto y flaco, fideofino, lo volaría el ventarrón si no estuviera tan plantado en tierra de Nicaragua.

En esta tierra, su tierra, Augusto César Sandino se alza y habla. Hablando cuenta lo que su tierra le ha dicho. Cuando Sandino se echa a dormir sobre su tierra, ella le secretea hondas penas y dulzuras.

Sandino se alza y cuenta las confidencias de su tierra invadida y humillada y pregunta *cuántos de ustedes la aman tanto como yo.*

Veintinueve mineros de San Albino dan un paso al frente.

Estos son los primeros soldados del ejército de liberación de Nicaragua. Obreros analfabetos, trabajan quince horas por día arrancando oro para una empresa norteamericana y duermen amontonados en un galpón. Con dinamita vuelan la mina; y se van tras de Sandino a la montaña.

Sandino anda en un burrito blanco.

1926
Puerto Cabezas

Las mujeres más dignas del mundo

son las putas de Puerto Cabezas. Ellas conocen, por confidencias de cama, el lugar exacto donde los *marines* norteamericanos han hundido cuarenta rifles y siete mil cartuchos. Gracias a ellas, que jugándose la vida desafían a las tropas extranjeras de ocupación, Sandino y sus hombres rescatan de las aguas, a la luz de las antorchas, sus primeras armas y sus primeras municiones.



1926
Juazeiro do Norte

El padre Cícero

Juazeiro parecía un caserío de nada, cuatro ranchos escupidos en la inmensidad, cuando un buen día Dios señaló con su dedo esta basurita y decidió que ella fuera la Ciudad Santa.
De a miles acuden, desde entonces, los afligidos. Hacia aquí conducen todos los caminos del martirio y del milagro. Escuálidos peregrinos venidos del Brasil entero, largas filas de harapos y muñones, han convertido a Juazeiro en la ciudad más rica del sertón nordestino.
En esta nueva Jerusalén restauradora de la fe, memoria de los olvidados, brújula de los perdidos, el modesto arroyo Salgadinho se llama ahora río Jordán. Rodeado de beatas que alzan sangrantes crucifijos de bronce, el padre Cícero anuncia que Jesucristo está al llegar.
El padre Cícero Romão Batista es el dueño de las tierras y las almas. Este salvador de los náufragos del desierto, amansador de locos y criminales, otorga hijos a la mujer estéril, lluvia a la tierra seca, luz al ciego y al pobre algunas migas del pan que él come.

1926
Juazeiro do Norte

Por milagro divino un bandido se convierte en capitán

Tiran tiros, cantan cantos los guerreros de Lampião. Campanas y cohetes les dan la bienvenida a la ciudad de Juazeiro. Los cangaceiros lucen arsenal completo y frondoso medallerío sobre las armaduras de cuero.
Al pie de la estatua del padre Cícero, el padre Cícero bendice al jefe de la banda. Ya se sabe que el bandido Lampião jamás asalta una casa que tenga alguna imagen del padre Cícero, ni mata jamás a nadie que sea devoto de santo tan milagrero.
En nombre del gobierno del Brasil, el padre Cícero otorga a Lampião grado de capitán de ejército, tres tiras azules en cada hombro, y le cambia las viejas escopetas winchester por impecables fusiles máuser. El capitán Lampião promete derrotar a los rebeldes del teniente Luis Carlos Prestes, que recorren el Brasil predicando democracia y otras ideas demoníacas; pero no bien abandona esta ciudad se olvida de la Columna Prestes y vuelve a sus afanes de siempre.